

vidas superiores; ha discurrido con el pensamiento de Goethe y se ha bañado en las aguas profundas de Shakespeare. Para obtener la elegancia que lo ha de distinguir en el ejercicio de la oratoria y asegurar la lógica mesurada de los pensamientos, Cicerón debe haber llenado de elocuencia sus grandes meditaciones; y para dulcificar su espíritu con graves melodías internas es necesario que haya empapado el alma en las místicas aguas de Teresa de Jesús o en los cantos diáfanos de Fray Luis de León o de Garcilaso, para encontrar por fin la fuerte inspiración del genio de la raza que se vierte en su pensamiento con el Ingenioso Hidalgo de la Mancha y que en el Nuevo Mundo abraza con igual sentimiento a Bolívar y a Martí, al tiempo que se pule en el crisol que forja don Andrés Bello cuando a la lengua quiere darle estructura definida.

Tiene que ser este profesor un eminente y distinguido conocedor de las fuentes de cultura. De esta manera aquel joven de amplia frente pálida hace su aparición entre los profesores nuevos del Liceo de Costa Rica. Están de moda las amplias corbatas colgantes que los románticos han querido conservar. Bajo la cabellera negra y larga y el bigote que se inicia como una tentación de las manos, el nuevo profesor luce su atrayente y distinguida figura muy de poeta romántico. Mucho hay en su vida del gran poeta; mucho tiene efectivamente de romántica su actitud caballeresca y su probidad absoluta. Hay un caballero de la Edad Media trasladado al mundo del presente; en sus recónditas estancias Lohengrin es uno de sus compañeros y hermanos.

Al iniciarse como profesor, este joven que no ha pasado por los grandes centros universitarios del mundo, es un verdadero filósofo, un profundo conocedor del alma humana y de sí mismo, y se distingue porque está saturado de una superior concepción moral que es desde este momento la base y el contenido total de su vida. Ha definido ya con claridad sus convicciones íntimas y ha definido a temprana edad por cierto, la trayectoria de su orientación espiritual y de su actuación social. Es también ya un pedagogo, mejor aún, es ya un maestro. Tiene perfecta conciencia de la misión que ha ido a realizar al colegio; tiene conciencia de lo que es el alma de las juventudes y tiene

conciencia de la fuerza creadora que puede agitarse dentro de las aulas de un colegio cuando se mueve en un ideal superior. Abogado que pudo tener éxito considerable por su profunda cultura, por su gran espíritu analítico de los diversos problemas, por su serena e inteligente visión de la vida y por su gran simpatía personal, sacrifica definitivamente los oros y esplendores de la toga para convertirse en un modesto maestro de escuela. Por la sinceridad absoluta que hay en su decisión, por la actitud de maestro y apóstol que sólo aparece muy rara vez entre los hombres, inmediatamente después de haber llegado al Liceo lo acoge la simpatía de los jóvenes que se reúnen en su derredor agitados por inquietudes hondas y preocupaciones generosas. ¡Apenas llegado empieza en las aulas su siembra fecunda! De esta época data la amistad de don Omar Dengo con muchos de los mejores hombres del país que fueron sus compañeros o discípulos. Se puede tener una idea de lo que fué su paso por el Liceo de Costa Rica por palabras de amigos que surgieron a su paso en aquellos días. Uno de ellos, don Octavio Jiménez Alpízar dice: "Omar fué un caudal inmenso. Personalmente tengo que sentirme vinculado a él con cariño real y permanente. Mi paso por el Liceo tiene de bueno el encuentro con Omar. Aprendí a leer y saqué de esos días una devoción grande por la lectura. Me estimuló su ejemplo en el estudio de la lengua inglesa y adquirí así una clave valiosa".

En el Liceo de Costa Rica enseña también Sociología; es nueva la materia en los programas pero Omar la lleva con entusiasmo al colegio para interesar a los jóvenes en esta ciencia que confronta y estudia los problemas inmediatos que afectan la organización de la vida del hombre. Lleva la nueva materia convencido de que la ignorancia de estos conocimientos es una de las mayores lagunas que existe en los planes de estudio de nuestra Escuela de Derecho. Más tarde, ya maduro, se duele públicamente de esta deficiencia, agregando que siendo los abogados los que monopolizan las funciones directoras del gobierno, están más obligados que los demás profesionales a adquirir un conocimiento profundo de la Sociología que les permita interpretar, resolver o juzgar en medio del complejo de situaciones que se presen-

tan en el ejercicio de la función pública que cada hombre desempeña. Está seguro que los conocimientos históricos que el hombre adquiere en función con los de Sociología le dan una pauta superior para conocer el desarrollo de la civilización y derivar de ello las experiencias inmediatas aplicables a la solución de nuestros problemas nacionales.

Omar Dengo es en todos sus aspectos un maestro distinguido y preocupado que se destaca inmediatamente por su simpatía a los jóvenes estudiantes y por los métodos usados en su labor. Su cátedra preferida no está en el aula; está en los corredores del colegio, está en los corrillos que se forman a su alrededor, desde luego, como un resultado de la inquietud que nace en el aula.

Los estudiantes lo rodean y extra lección presentan sus dudas, hacen sus sugerencias, se inquietan con ésta o la otra idea y el maestro los guía discretamente con un hermoso respeto hacia esta personalidad que se levanta. Surge el comentario en torno del poeta o del escritor, deslumbra la teoría que presenta tal o cual filósofo y los jóvenes quieren saber más... ¡Quieren saber más! Omar Dengo sonríe y pone en manos de esos jóvenes sus propios libros, todos sus libros, porque el libro que encanta, que entusiasma por sus ideas o por su belleza, es un manjar para el alma que debe distribuirse entre todos aquellos que tengan hambre de conocimientos o sed de belleza. Más tarde pregunta a alguno de sus discípulos: "¿Cómo le va con la lectura?" Y cada uno así interrogado, así agujoneado, está obligado a dar una respuesta. Y sobre estas respuestas se inicia la discusión y el diálogo cordial. Todos los días, a lo largo de los corredores o por las calles que conducen al Liceo, Omar se pasea en amistosa charla con grupos de alumnos que comentan la última incidencia de la lección o la última estrofa de la página selecta que se leyó en el aula. Busca la amistad de sus alumnos y cada vez se complace más en ella para mantener el ejercicio de una elevada discusión de ideas. Gusta de oírlos y de cuando en cuando les pone en tropiezo para verlos vadear, ahondar o clarificar su pensamiento. Estas conversaciones y discusiones se prolongan y se repiten todos los días. En el trayecto, cuando regresa del colegio, don Omar vuelve rodeado de grupos de estudiantes que no quieren

perder la última frase cordial o dejar sin aclarar la duda que les tiene preocupados. A lo largo de las calles, frente a la puerta de la casa de algún estudiante o en una esquina, se detiene a conversar con los discípulos que se dispersan. Así el regreso de cada tarde se prolonga en una deliciosa charla que lleva vibraciones que pudo dejar Sócrates en los pórticos de Atenas.

No ha ido al colegio a buscar fáciles simpatías; es un maestro que comprende las inquietudes de los jóvenes y que llega a servirles abnegadamente, pero está también para cumplir el "incómodo" deber de profesor. Va a enseñar algunas materias y los que las reciben deben ser aprobados o reprobados, no por la simpatía que tengan al maestro, sino por el efectivo conocimiento o dominio que tengan acerca de las materias que enseña el profesor. De su actitud de maestro y de sus relaciones con los alumnos—muchas veces repetidas más tarde en la Escuela Normal—puede darnos idea la siguiente anécdota que nos la cuenta don Octavio Jiménez: "Los alumnos del quinto año del Liceo nos preparábamos para hacer el bachillerato por suficiencia. Uno de ellos un poco apresurado y nervioso, se encontró que Omar, a pesar de su modo especial de tratarnos, no estaba muy dispuesto a perdonarle las deficiencias enormes que revelaba en los exámenes. Resolvió jugarse una carta decisiva y un día se acercó al sitio en donde conversábamos Omar y yo, diciéndole en tono iracundo: —"Don Omar, sé que Ud. está empeñado en que yo no pase en algunos exámenes en que le ha tocado ser mi examinador. Le vengo a advertir que estoy dispuesto a ir hasta San Lucas con tal de obtener mi título de bachiller". Omar entonces con una serenidad asombrosa, se vuelve hacia el estudiante que había palidecido al lanzar semejante amenaza y le dice: "Vea, amigo, no necesita ir tan lejos, póngase a estudiar y aquí mismo lo haremos bachiller". (Hay en esta anécdota la rapidez y la agudeza de las respuestas en las que asoma también el tinte de ironía tan característico en la expresión de su pensamiento).

Al mismo tiempo que hace su iniciación distinguida en las tareas docentes, dedica buenas horas a labores periodísticas para comentar un suceso insignificante de la vida na-

cional, el paso de un artista o la llegada de un pensador, o simplemente para dar salida a la inquietud de una mente en permanente vuelo de elevación, y en la mayor parte de las ocasiones para contribuir a una obra de bien colectivo, o plantar una luz alentadora sobre un camino de ideal y de belleza. Ya es el escritor jugoso, serio, meditativo, lleno en su juventud, como lo estuvo hasta su muerte, de fervorosas ansias de liberación y de renovación y que se distingue, desde este principio, por las actitudes de un hombre de arraigadas convicciones, honrado hasta el sacrificio, enamorado paladín de la justicia.

Por esta época también contribuye en sus horas libres al desenvolvimiento cultural de la comunidad. Cuando no dicta conferencias a los obreros del Centro Germinal, lo hace en una de las escuelas de San José para desarrollar un cursillo de Historia de la Filosofía o de Literatura en los que el conferencista se revela como un maestro del bien decir, ágil y genial en el uso de la metáfora, distinguido en la dicción, profundo en el pensamiento, sugestivo en la interpretación y en el comentario y por sobre todo enamorado y un cultivador de la belleza. La ve y la siente en los ojos de un niño, la siente y la extrae de las páginas del libro, florece en la expresión de sus meditaciones. Belleza, profundidad y elevación es la actitud constante de su pensamiento en la cátedra, en la tribuna o en el periódico. Una delicada flor de ese pensamiento es su "Oración" publicada hacia fines de 1915, y que es el clamor de un hombre atormentado por el dolor de la humanidad; que es la voz de un místico que de rodillas implora por la paz ante el altar de Dios. Belleza y grandeza tiene esa Oración.

* * *

En 1915 se inaugura en Heredia la Escuela Normal de Costa Rica. El Subsecretario de Instrucción Pública de entonces encomienda la dirección del nuevo establecimiento al profesor don Arturo Torres, graduado en los Estados Unidos. Con él viene el más selecto grupo de profesores que ha tenido la Escuela Normal de Costa Rica. Figuran entre otros Brenes Mesén, García Monge y Omar Dengo.

Brenes Mesén está unido a García Monge por lazos familiares y Omar Dengo que les profesa admiración y cariño está unido a ellos por ideales y aspiraciones profundas. Los tres son el fuerte pensamiento, la inquietud joven y fuerte, el conocimiento profundo que apenas llegado aletea con fulgor que entusiasmo en las aulas de la Escuela Normal. Las juventudes recién llegadas, muy heterogéneas en su formación cultural y en su origen y procedencia, se unifican en ideales, en intereses y en entusiasmos y la institución va surgiendo con un nuevo y único sentimiento en la vida nacional. Existe el ideal del maestro de escuela. Se ennoblece y se exalta la profesión de maestro de escuela; ser maestro—más tarde lo dirá con palabras magistrales Omar Dengo—es ir por el mundo revestido de un ideal de perfección.

Así llega por primera vez a la Escuela Normal de Costa Rica, a su Escuela Normal—para servirla desde entonces con devoción apostólica—el espíritu dilecto de Omar Dengo.

El profesor Omar Dengo, al iniciar sus labores en la Escuela Normal, está penetrado del pensamiento educativo moderno al mismo tiempo que conoce, desde los umbrales de la Historia de la Educación, la obra distinguida de los más grandes maestros de todas las épocas. Trajina los fundamentos psicológicos y filosóficos de la educación del presente, al mismo tiempo que expone a sus alumnos los principios educativos de Herbart, de Froebel y de otros grandes educadores antiguos y modernos. Es un admirador de los modernos maestros y conoce a fondo cuanto el más eminente de los educadores norteamericanos, Dewey, ha escrito sobre la materia.

Podríamos decir que Omar Dengo es ya el filósofo de la educación con que cuenta el magisterio costarricense. Pero él mismo es, por sobre su vasta cultura, un maestro; conoce de cerca a sus alumnos, trata de servirles y de estimularlos despertando en ellos aspiraciones y devociones.

* * *

Todo el profesorado de la Escuela Normal está en esta época poseído de un elevado concepto de su misión, y se entrega a ella con entusiasmo y fervor.

La mayoría de los profesores son de San José pero ra-

dican en Heredia, "la ciudad tranquila y rezadora" que dijo Darío. Por las tardes algunos de ellos se reúnen en la Escuela con grupos de alumnos; otros se reúnen en sus casas con otros profesores y así se forman en unos y en otros lugares convivios de alegre espiritualidad, en donde cantan las musas o en donde madura como gota de oro el pensamiento de los filósofos. Estos convivios juntan sentimientos y propósitos que a la mañana siguiente, en las aulas de la Escuela Normal, se convierten en una poderosa corriente de entusiasmo que impregna el trabajo de un nuevo espíritu de cordialidad y esfuerzo. Algunos profesores caminan en los atardeceres por las calles de la ciudad o por sus alrededores y a veces podemos encontrarlos en las esquinas contemplando los oros del crepúsculo sobre la lejanía, o la silueta azul de la montaña que hace antesala a la noche de luna. Algunas veces va Omar Dengo, el maestro pálido, triste y al mismo tiempo risueño, a la par de la erguida figura de Brenes Mesén. Discuten propósitos de trabajo para el día siguiente. Omar, como si fuera un niño, pide un consejo o consulta sobre un pequeño incidente ocurrido en el trabajo del día. Brenes Mesén sonríe, palmorea la espalda del maestro que se acerca con humildad de discípulo y siguen su viaje de la tarde por un camino que tiene belleza helénica por el paisaje lejano y por la meditación de los amigos.

Cuando el edificio de la Escuela está al terminarse, hacia fines de 1915, las reuniones de la tarde y de la noche, de profesores y alumnos, empiezan a realizarse tímidamente en las aulas de la Escuela Normal.

Durante el trabajo del día circula en la institución un nuevo espíritu que levanta fecundas y nobles preocupaciones en todos los estudiantes; que mantiene a éstos unidos a sus maestros y que desenvuelve en unos y otros un sentimiento de cariño, de ternura casi, hacia la institución que los junta. El Director ha querido que todos amen su Escuela; que se sientan vinculados a ella en la obra del presente; que se alejen de ella para ennoblecerla con su acción creadora; que la recuerden con cariño maternal. La Escuela Normal aspira—con esta élite de profesores que la sirven— a convertirse en un hogar para sus discípulos, en una madre nutridora, en una fuente espiritual; aspira a ser una luz y

una esperanza. Para representar este espíritu nace el verso que es el himno de la Escuela Normal. Brenes Mesén interpreta el espíritu que anima a esta institución en las estrofas del himno: "Alma Máter, venimos respetuosos tus hijos, a ofrendarte con himnos, homenajes de amor". Don Joaquín Vargas Calvo, el mejor profesor de música que ha tenido la Escuela, interpreta a su vez el entusiasmo nuevo en la música de "Alma Máter" y pone en ella un ritmo marcial, como para indicar en notas musicales el paso definitivo que la institución tiene que seguir en la vida cultural del país.

La Escuela Normal crece; es demasiada en la timidez de una ciudad que aun viste rejas en muchas de sus casas y que mantiene sus calles empedradas para que el agua de los grandes aguaceros forme al centro de ellas ríos tumultuosos. Para el país es mucho todo este afán renovador de la Escuela Normal, y las envidias, las murmuraciones y las incomprendiones empiezan a tejer leyendas acerca del "sentimentalismo enfermizo" de la Escuela Normal, del "caos" en que se está desarrollando esa enseñanza dirigida por teósofos. (La Escuela Normal tiene solamente dos profesores teósofos: Brenes Mesén y Omar Dengo. Hay muchos profesores católicos romanos; otros son materialistas, y puede haber algunos protestantes. Lo que hay en el nuevo espíritu de esta casa de enseñanza es una cristiana tolerancia, una fraternal tolerancia para convertir el trabajo en una alegría diaria y crear un tipo de estudiante y de maestro con arraigadas preocupaciones por su cultura, por su desenvolvimiento espiritual, por su devoción a los más nobles ideales humanos).

La incompreensión de este nuevo espíritu fué durante muy largos años, el obstáculo—"a veces oficial"—que encontró en su desenvolvimiento la Escuela Normal que elevó con su grandeza Omar Dengo.

* * *

Durante el primer año de vida de la Escuela Normal, don Omar Dengo ejerce dos cargos de importancia fundamental para desarrollar el espíritu que deben poseer los nuevos maestros, y crear, de acuerdo con los ideales del di-

rector señor Torres, el "espíritu de Institución". Es el profesor de Práctica Escolar que tiene a su cargo la dirección del grupo próximo a graduarse. En su función observa y analiza cuidadosamente la actitud, la preparación y el esfuerzo de cada estudiante; les aconseja, les guía paternalmente; descubre aptitudes que impulsa y fortalece y alienta las devociones que encuentra en sus discípulos con una generosa y abnegada comprensión. El primer grupo de maestros que se han de graduar en 1915 proviene de distintos colegios, pero en el corto tiempo de un año lectivo el profesor de Práctica logra despertar en ellos profundamente los sentimientos que corresponden a la responsabilidad de la profesión y la devoción leal que el servicio de la misma impone. La semilla sembrada por el eminente maestro en estos primeros graduados de la Escuela Normal, sigue diciendo al país,—por la obra que realizan—de cómo arraigó en el corazón y en la mente de ellos el nuevo espíritu de una institución y la fecunda inspiración que un apóstol puso en sus vidas.

El otro cargo de importancia fué el de Disciplinista Auxiliar. En estas funciones se equipara al cargo administrativo de Inspector o de un Subdirector pero con una comprensión técnica de esas funciones para convertirlas en el mejor auxiliar de los alumnos, especialmente capacitado para ayudarlos en el desarrollo de sus condiciones de carácter, en el encuentro feliz de sus vocaciones o aptitudes, en la organización de sus actividades corrientes y en el desenvolvimiento de su mente y de su espíritu. El Deán de los colegios y universidades norteamericanas tiene funciones parecidas. Omar Dengo comprendió que en esa labor estaba contenida la función más bella del maestro y la realizó con una profunda convicción de que ésta debe ser la única, la superior labor que se puede encomendar a un maestro de escuela. Desde este punto de vista toda su labor en la Escuela Normal no fué otra cosa que el ejercicio constante del modesto puesto creado con el nombre de Disciplinista auxiliar.

En este año de 1915 tiene a su cargo la dirección de la primera revista que se publica para secundar la renovación educativa que viene a realizar la Escuela Normal: "Educa-

ción" se llama, pero su vida, falta de respaldo económico, es efímera. En este año también inaugura por primera vez en la historia docente del país los modernísimos cursos de Sociología Educacional que apenas están iniciando su desarrollo en los mejores colegios de los Estados Unidos. En estos cursos no pretende el maestro impartir un conocimiento acerca del desarrollo de las teorías sociológicas o una simple historia de la sociología, sino que enfoca directamente el problema de la escuela pública en relación con el desenvolvimiento y progreso a que está llamada en la sociedad en que la escuela está ubicada, y en relación con las normas políticas y las aspiraciones de la nación. Los maestros de la escuela moderna, formados en las ideas modernas, deben llevar una preparación que los capacite para participar activamente como cooperadores en el desarrollo y progreso de la comunidad, y deben llevar a su escuela el espíritu social de la época para convertir esta institución en un organismo identificado con los ideales y actividades de la comunidad, porque la escuela ha sido creada precisamente para contribuir al desarrollo y robustecimiento de esos ideales.

La clausura del curso de 1915 tiene una gran solemnidad. El comprensivo gobierno de entonces, vinculado de lleno a la Escuela, le presta todo su apoyo y el acto de graduación reviste excepcional importancia, puesto que se gradúan los primeros maestros normales en una institución exclusivamente dedicada a tal fin, que ha nacido sobre un mar de tormentas políticas creado por los prejuicios lugareños, que se ha mantenido en un mar tormentoso por el espíritu moderno que la anima y que ha puesto a vibrar su nombre en labios de muchísimas personas de importancia en el país. La ceremonia es imponente; asisten el señor Presidente de la República, sus Secretarios de Estado y el Cuerpo Diplomático acreditado en la República. Un tren expreso traslada a los invitados de San José. Las crónicas de la época dan idea del espíritu que hay en el país en relación con la Escuela Normal y exaltan la labor realizada en este primer año de iniciación. Entre los comentarios que dan relieve a la crónica se elogia el discurso que en esta ocasión pronuncia Omar Dengo, encargado por la dirección de la entrega de los premios a los alumnos que se han distinguido

durante el año. Ya era genial para descubrir en los jóvenes aquellas cualidades o virtudes humanas que conviene exaltar por lo que contienen de poder en el desarrollo de las aspiraciones del hombre y en el desenvolvimiento y perfección de la humanidad.

En 1916 tiene a su cargo la dirección de la Escuela de Aplicación, hoy Escuela República Argentina, en la que los nuevos maestros realizan sus prácticas por más de 20 años. Algunos recién graduados aparecen en el nuevo personal de esa escuela y por primera vez en el país existe una escuela pública con kindergarten que está dirigido también por Omar Dengo. Toda la inspiración filosófica que anima la organización de esta Escuela y su kindergarten es la obra que planifica el educador que hay en Omar Dengo.

(En los archivos de la Escuela Normal de Costa Rica se encuentran informes, notas y observaciones suscritas por este director de la Escuela de Aplicación, y que en la actualidad pueden servir para orientar las actividades de la Escuela Práctica, a pesar de sus 25 años de haber sido escritos. ¡Tal se proyectaba la visión de este maestro! Su progreso intelectual no se detiene. No solamente es un maestro que ha encontrado el camino de su vida poniendo amor intenso en su profesión sino que es un inconforme de sí mismo, de su propia sabiduría. Sediento de conocimientos, va a buscarlos a las fuentes en donde los recursos y la renovación constante de las ideas pueden ofrecerle un amplio campo de observación y de investigación, para atesorar conocimientos nuevos que puedan servir al perfeccionamiento de la obra que realizan su Escuela y su patria. Con sus propios y escasísimos recursos realiza un viaje a los Estados Unidos para visitar escuelas y colegios. De este viaje cuentan algunas anécdotas interesantes en las que se nos presenta el poeta, el filósofo, el maestro y a veces el niño candoroso. En New York no se impresiona con los rascacielos pero pasa extasiado en religioso silencio en el museo de arte. Le interesó el puente de Brooklyn y se admira contemplándolo como maravilla del ingenio humano. "Hasta dónde llegará, ¡oh! Dios, la conquista que el hombre realiza". Gustaba de contar que le producía un intenso placer pasar por este puente de Brooklyn para ir a refugiarse en una modesta y silenciosa librería del otro lado

del río en donde había hecho amistad con el librero y en donde podía "revisar", vale decir, leer, los más curiosos e interesantes libros que no podía comprar. Acabado de llegar a Boston, su única y principal preocupación es visitar la tumba de Emerson y contaba con dichosa alegría de niño, cómo en el atardecer el sol se refleja en rayos multicolores sobre los cristales del inmenso bloque de cuarzo que existe como único y magnífico recuerdo sobre la tumba de Emerson. Más tarde, cuando recuerda esta visita a la tumba del filósofo norteamericano, dice con tristeza que acaricia su destino cercano, cómo le gustaría tener sobre su tumba un bloque de cuarzo que se rompiera en múltiples luces cuando le bañara el sol crepuscular.

Filósofo lleno de ternuras profundas estaba hermanado con los grandes en su sed de conocimientos. Buscando esa luz llegó a la cita con Emerson aquella tarde de Boston, y si hubiera estado presente en aquel encuentro de Emerson y Carlyle, habría encendido un cigarrillo y habría permanecido en silencio profundo, conmovido de emoción creadora, como lo estuvo aquella tarde frente a una tumba en un cementerio de las cercanías de Boston. Don Octavio Jiménez, su compañero de viaje, cuenta una anécdota muy significativa ocurrida a bordo. Ambos compañeros, maestro y discípulo, eran los únicos viajeros en un barco bananero. Ambos en sus estudios e inquietudes, se habían inclinado hacia la teosofía de la que don Omar era ya un profundo conocedor, mientras que su compañero confiesa que era solamente un principiante: "Como se predicaba que la carne estorba el desarrollo de la mente o no sé que desarrollo, le cogí aversión a la carne y cuantas veces podía hablar mal de la pobre, lo hacía sin vacilación. En el barco me encontré con que toda comida era a base de carne. Puse en práctica mis contaminaciones teosóficas y no comí carne. Un día me preguntó Omar por qué no comía carne. Pensando dar una gran impresión de lealtad a principios de dietética teosófica, le dije que eso iba contra la higiene de la mente. Con esa agudeza pronta y terrible que tenía Omar, me dijo muy pausadamente: "Sabes una cosa, Octavio, yo le tengo más miedo al fanatismo que a la carne". Y durante toda su vida declaró su odio, su temor, a toda clase de fanatismos, así a los políticos como a los reli-

giosos, alegando que los fanatismos oscurecen la luz de la verdad. Por eso, a pesar de que a veces mantuvo en sus manos el látigo para fustigar, fué por sobre todo, un maestro de tolerancia, de la generosa tolerancia que tiende las manos para redimir y para juntar espíritus anhelantes de justicia o de amor; de generosa tolerancia que se yergue implacable allí donde el ardid o la vileza tratan de encadenar la justicia o la verdad, la libertad o el bien.

* * *

Las crónicas del acto público de 1916 vuelven a poner de relieve el nombre de Omar Dengo a quien ya juzga la prensa del país como uno de los más distinguidos oradores. En el verano de 1916 y 1917, hay por primera vez en Costa Rica una junta de profesores de educación secundaria que está presidida por el Subsecretario de Instrucción Pública don Luis Felipe González. Se proyecta levantar en el profesorado nacional un nuevo impulso dirigido hacia el mejoramiento y reorganización de la educación secundaria. A la par de Brenes Mesén, en las reuniones y en la prensa, Omar Dengo batalla en defensa de sus ideas y en general de los principios educacionales que sustenta la Escuela Normal. El último sábado en que están reunidos, 27 de enero de 1917, ocurre el golpe de Estado que derroca al presidente González Flores que ha venido prestándole ayuda a la Escuela Normal.

De esa magna reunión de profesores de educación secundaria salen muchos a ofrecer su adhesión al gobernante traidor. Omar Dengo con García Monge y otros se aprestan a defender la vida de la Escuela Normal y a mantener vivo en ella el espíritu democrático de libertad y de discusión que son alma vertebral en el nuevo espíritu que trata de desenvolver la Escuela Normal de Costa Rica. Pero una escuela que sustenta esos principios no puede luchar en un ambiente en donde el despotismo está entronizado, y como esa escuela existe por el espíritu de libertad que han encendido sus maestros, éstos deben desaparecer.

En memorables sesiones de 1917 y principios de 1918, los estrados de la Sala Magna de la Escuela dejan oír el verbo candente y airado de estos sembradores de libertad. Don Joaquín García Monge se agiganta en su serena conversación

para tomar luego en sus manos látigos de fuego que queman las almas de las juventudes en ese ideal humano de ser libre; Don Rómulo Tovar invoca vehementemente los símbolos de la patria que fueron antorcha y sacrificio por la libertad, y Omar Dengo, estremecido de fervor, junta corazones, reanima la fe, convierte el sacrificio en luz de esperanza para que triunfe el ideal: "Jóvenes, a vivir, y a vivir por la libertad".

Esta clase de profesores deben ser destituídos, que los gobernantes déspotas quieren siempre en todas partes sumisión y adulación y éste que ahora existe en Costa Rica no la encuentra en la Escuela Normal. En Omar Dengo y en sus compañeros hay una digna y valiente rebeldía de maestro.

* * *

Los comienzos del curso de 1918 son tempestuosos para el país que soporta ya la opresión de una dictadura; sobre todo tienen que serlo para la Escuela Normal en donde los profesores que conciben la cátedra como permanente ejercicio de libertad resultan una incómoda pesadilla en el ánimo de los que gobiernan. El camino de la destitución está claro y ésta llega tratando de apagar las antorchas encendidas con tanta devoción. Pero la huella dejada en el ánimo de las juventudes de la Escuela Normal mantiene un espíritu de rebeldía y de solidaridad con los profesores destituídos que se desenvuelve y acrecienta a lo largo de los venideros días. Los alumnos centroamericanos, becados por el gobierno de Costa Rica, renuncian ese privilegio como protesta al régimen despótico y como solidaridad a esa pléyade de maestros que han convertido la Escuela Normal en un fanal cuya inquietante luz se proyecta más allá de las fronteras.

Entre los profesores destituídos tiene que estar nuestro don Omar Dengo. Ahora se aleja de su amada Escuela con la frente en alto,—auroleada de aquella dignidad que siempre le distinguió— y henchido de fe porque en los jóvenes estudiantes ha quedado prendida una inquietud espiritual y una fuerza moral que los junta para amar y anhelar la libertad como ideal al cual se le puede ofrendar todo sacrificio. Esta vez el maestro va acompañado de su esposa y la vida no ha de ser para la joven pareja precisamente un lecho de rosas. En un país pequeño y pobre, las posibili-

dades son poco propicias para los hombres dignos y dedicados a las tareas intelectuales. En nuestro país al talento honrado lo cerca la miseria con más o menos crueldad y esa miseria ronda en las puertas del hogar de don Omar buscando una ocasión para humillar su dignidad. Pero nunca fué más fuerte que en esa época, al lado de su compañera en cuyos brazos acaba de alumbrar el sol del primer hijo.

Sonríe si no es que goza con sus pobreza, crucificándolas con su propia ironía. Sólo se entristece cuando toma alguno de sus libros predilectos para irlo a ofrecer en venta al negociante en libros de segunda mano; pero cuando vuelve, la alegría salta en sus ojos y en su sonrisa; su inagotable humor elogia las virtudes magnánimas del librero que cambió la lámpara maravillosa que es su libro por unas pocas monedas convertibles en pan. Después va en busca de sus amigos García Monge o Brenes Mesén para comentar jocosamente la página en que los gacetilleros anónimos o los "pedagogos" reaccionarios de la época ridiculizan y escarnecen su labor idealista en la Escuela Normal.

Para defender los ideales allí sustentados, para recordar el esfuerzo realizado, este grupo de maestros destituidos, publica la revista que se conoce con el nombre de "La Obra". En sus páginas podemos volver a sentir el espíritu que animó a la Escuela en aquella época y a encontrar huellas de la acción espiritual de don Omar Dengo a través de lo que fué la Escuela Normal en la época en que un profesorado dócil y servil puso en las aulas de la Escuela sus voces cuartelarias y pretendió sepultar los surcos abiertos en un campo de juventud.

En "La Obra" se recogen en primer lugar las páginas de la Escuela Normal que están a cargo de Omar Dengo. Esas páginas no son en realidad una crónica de lo que allí se hacía sino la respuesta de los alumnos y graduados a todo lo que allí se hizo. Esta página la constituyen las cartas en que se pone a vivir, como en una escuela que no ha interrumpido jamás su labor, la relación espiritual que existe entre maestros y alumnos. Unos solicitan un consejo, otros cuentan lo que están haciendo, otros piden referencias sobre un libro o exponen sus proyectos. Dicen estas cartas

de la constante e íntima comunicación de aquellos espíritus juveniles que responden a la inquietud que dejaron en ellos sus maestros. De cuando en cuando tales cartas se subrayan con un comentario o con una explicación sobre enseñanza de las ciencias o sobre algún incidente de la vida de la Escuela Normal. Escriben en "La Obra", Brenes Mesén, García Monge, Rómulo Tovar y otros, pero para los alumnos y para los graduados que están en lugares distintos realizando ya su obra, es fundamental esa página que dirige don Omar, porque es la voz que renueva y fortalece su acción. Para recordar, "La Obra" recoge por primera vez una referencia con respecto a la apertura del curso de 1918, que dice así: "Temprano del día de la inauguración, el señor García escribió en el pizarrón de la Secretaría de la Escuela estas palabras tan sencillas como nobles":

"Hijos míos, sean Uds. bienvenidos.

"De nuevo están en su casa. En este día, asénela, reúnanse, conversen, cambien impresiones, organicen su trabajo y formulen sus buenos propósitos; todo en honra, gloria y progreso de su Alma Máter.—El Director". A este breve mensaje de bienvenida que está diciendo al lector qué trato había en la Escuela Normal para los alumnos, don Omar Dengo hace en "La Obra" el siguiente comentario:

"Los colegios suelen recibir a los alumnos, cuando éstos regresan de sus vacaciones, con la amenaza de la repetición de exámenes. Lo cual contribuye eficazmente a estorbar la formación de un espíritu institucional orientado hacia el cumplimiento de los fines permanentes de la educación. El alumno siente desde el primer día de clases, que la reanudación de éstas constituye una forma de vida hostil a la maravillosa espontaneidad con que en todos los momentos se le reveló la naturaleza y se le reveló su alma, en medio de ella, durante las horas de vacaciones..."

¡Qué importante puede ser para los jóvenes de la actualidad conocer estas reflexiones de aquel maestro y pensar que hubo una Escuela Normal en donde existía una superior comprensión de las inquietudes humanas y de las inquietudes del joven!

¡Qué importante sería que los directores de los colegios en la actualidad reflexionaran acerca del sentido de

las palabras anteriores siempre que se trate de inaugurar cada año el curso académico de los colegios!

El espíritu paternal que está en las palabras del señor García Monge robustecido en la comprensión del "filósofo" y del espíritu delicado y superior que hay en don Omar, se juntan maravillosamente para constituir la personalidad del maestro que dirige más tarde la Escuela Normal de Costa Rica, en donde vivieron los estudiantes intensas horas de labor y en donde encontraron siempre la más elevada y humana consideración.

Recoge "La Obra" en esa forma de comentarios sencillos mucho del sentimiento pedagógico de don Omar. Allí comienza a publicar un comentario que sirve de explicación a los maestros del país para la mejor comprensión de los programas de Educación Primaria del señor Brenes Mesén y que han sido puestos en vigencia recientemente. Cuanto aparece de interés en las publicaciones de educación de otros países y que contribuye en alguna forma a fortalecer los principios de la obra que en la Escuela Normal realizaron los maestros destituidos, encuentra acogida en aquella revista destinada a mantener el contacto más íntimo con los jóvenes maestros y los jóvenes estudiantes.

Por mucho que la pobreza deprima, don Omar siempre tiene ocasión para llegar al convivio de los amigos con una alegría nueva que ha de aparecer en las páginas de "La Obra" como recuerdo, mensaje o voz alentadora. Un alumno que pasó por la Escuela Normal, lleno de fervorosas inquietudes,—León Pacheco—acaba de publicar un tomito de meditaciones y Omar Dengo se apresura a otorgarle su aplauso: "Pocas páginas, escritas en el país, hemos leído en las últimas horas, tan gratas a la reflexión como las de este adolescente generosamente preocupado".

"Como a tantos otros, muévelo la pródiga inquietud de coronar de rosas la propia cruz"...

.....

"No va, pues, este adolescente en busca de la toga del politicante; no tras la gloriola del versificador. Va hacia su corazón, el apacible refugio donde, por sobre el dolor y el mal, la gloria y la vida se confunden..."

Así estimula Omar Dengo a los jóvenes. Así les abre de

par en par su corazón, así les tiende generoso sus manos que más bien son alas prendidas para que el principiante prosiga su vuelo de ensueño hasta cumbres insospechadas. Y lo hace en este momento cuando sólo es un maestro destituido, y lo hará siempre, que ésta es su preocupación: poner lumbré en los corazones y alas inquietas en los espíritus.

* * *

Días sombríos para el espíritu de Omar Dengo son esos de 1918 y principios de 1919. El país siente por todas partes la humillación de un despotismo pero al mismo tiempo se agita en los corazones el hervor de la rebelión. ¡La libertad yace encadenada! Mientras tanto, la pobreza vierte una gota más de angustia en su hogar.

Para mantenerse en contacto con los jóvenes que son su esperanza escribe en "La Obra" y da clases gratuitamente en la Escuela de Agricultura que se sostiene por el esfuerzo particular de don Luis Cruz Meza.

En 1919 encuentra la ocasión de realizar una labor digna para su noble espíritu y para sus ensueños de gran maestro.

Un rico hacendado extranjero abre una escuela que mantiene con su peculio. En ella se van a educar los niños de sus haciendas; los humildes hijos de los jornaleros. Omar Dengo es el maestro de esa escuela. ¡Qué de proyectos tiene en la mente! ¡Qué mundos de alegría cantan en su corazón! Tendrá una escuela suya, en donde realizará el gran experimento con que sueña todo gran maestro, todo idealista. Hay en las cercanías de su escuela rural campos hermosos: cafetales y praderas, ríos y árboles, y sobre todo un gran espíritu de libertad. Y todo eso será para sus niños, para los pequeños hijos de los jornaleros.

En la escolita de "La Caja" está el recuerdo de Omar Dengo. Si una voz hablara de sus sueños allí, podríamos contemplar un fantástico jardín de ilusión. Alguna vez puede ser Froebel el que está entre los niños con su larga levita cuidadosamente cepillada y una sonrisa limpia en sus labios. En otra ocasión es Tagore que corre por los bosques cercanos a Shantiniketan y enseña un hermoso poema a aquellos niños de ojos profundamente oscuros; sus largas

barbas y su túnica blanca se agitan en las caricias del viento. Alguna tarde puede ser Tolstoi en Yasnaia Poliana; es un domingo y hay fiesta; los campesinos están inmensamente alegres y un coro de niños canta las más hermosas canciones. Un foso abierto se va llenando con botellas de aguardiente y rollos de tabacos. ¡No volverán a beber, ni a fumar! Uno a uno los campesinos entierran su vicio para que crezca fecunda una vida nueva en donde la alegría, el amor y la paz sean la cosecha de los corazones.

Todo eso está en el alma de Omar Dengo; todo eso es él en la escuelita de "La Caja" a donde ha llegado con su esposa, serena, abnegada y comprensiva, y un niño rubio en cuyos ojos arde una llama gris azul.

Ahora tiene un pan seguro para la familia y como el corazón y la mente del maestro están llenos de entusiasmo, como si fuera también un niño se pone a la tarea con fervorosa ilusión. Por las tardes salen de paseo: la esposa buena lleva en sus brazos el pequeño retoño; se sientan bajo un árbol en la pradera y en torno los niños de los campesinos se tienden sobre la hierba. Más allá el río cercano arrastra sus aguas en la hondonada cercada de verduras y muy distante, el crepúsculo derrama su toque de oro sobre la tierra. La madre empieza un cuento: "Había una vez"... El maestro escucha gozoso, su mano derecha acaricia el bigote negro en una inquietud que pronto es sonrisa: está creando en su mente el próximo cuento que ha de seguir y que los niños escuchan de sus labios: "Había una vez"... Regresan cuando la ola tibia de la tarde se aleja por los cielos; el pequeño se acurruca profundamente dormido en los brazos de la madre que sonríe y sueña. El maestro lleva cogidos de sus manos una ronda de niños. La paz llena los corazones.

Otro día en la escuelita todo será de nuevo actividad. Don Omar sueña y planea en grande; la esposa con más experiencia de maestra detiene sus vuelos: "No, Omar, con los niños hay que ir lentamente" y él responde: "¡Sabe, Tere, que tiene Ud. razón!"...

Tiene grandeza de idilio esta vida en una escuelita rural en donde dos personas profundamente comprensivas se ayudan para una obra en la que está prendido el ensueño

de un maestro. Ella es más realista, más humana, ha vivido más cerca de la escuela y de la realidad del mundo infantil. ¿Pero quién ha de detener los vuelos de una alma en donde todas las potencias del pensamiento y del ideal se juntan para soñar y crear grandeza, para tejer mundos de ilusión, para deslumbrar con la fe superior y con el corazón rebosante de amor?

* * *

Éste es el Omar Dengo que a mediados de setiembre de 1919 llega como Director de la Escuela Normal de Costa Rica. Se ha derrumbado el régimen despótico y aun en medio de naturales luchas motivadas por un cambio brusco de gobierno el país inicia otra vez su marcha normal, su era de libertad.

El nuevo presidente tiene el acierto de llevar al ministerio de Instrucción Pública a don Joaquín García Monge. Brenes Mesén se ha ausentado del país. De aquellos que fueron alma y luz en el nacimiento de la Escuela Normal y en su vida de los primeros días, sólo está Omar Dengo. El Liceo de Costa Rica está también acéfalo porque los jóvenes se levantaron oportunamente contra la indignidad de los profesores serviles del despotismo. Ahora los jóvenes del Liceo de Costa Rica piden a don Omar Dengo para su Director y el ministro García Monge está en un dilema. La dirección del Liceo de Costa Rica deslumbra más porque es el colegio de la capital, el que reúne a los jóvenes de las mejores familias del país. La Escuela Normal, en cambio, es una Escuela de provincia que no puede deslumbrar ciertas ambiciones; es por otra parte un campo de luchas donde ya han estado viviendo largo tiempo la incomprensión, la envidia y la desocupada murmuración. Cuando don Omar Dengo escucha las proposiciones del señor García Monge para ocupar la dirección del Liceo de Costa Rica o de la Escuela Normal, pide que se le permita reflexionar. Todas las comodidades están de su parte si acepta la dirección del Liceo: vivirá en la capital entre familiares y amigos; los profesores son amigos y conocidos, se codeará con gentes influyentes, tendrá tranquilidad para organizar el trabajo y para halagar las pequeñas ambiciones; tendrá también

casa y estará mejor pagado. En la Escuela Normal, por el contrario, sólo tiene unos pocos conocidos y lo único que existe es una juventud con la que en otro tiempo se inició una obra. Mas en esa obra está su ideal y a ella le consagrará su vida. Sabe que va a sacrificar comodidades personales, goces frívolos, prestigios fáciles; lo único que le alienta es la fe que tiene en el alma de las juventudes. Ya ha dicho él que el porvenir de una nación está en sus niños y en sus maestros; por eso es preciso continuar la tarea de formar esos maestros porque ellos serán los que han de modelar el porvenir de su patria. ¡Y cómo no han de saber hacerlo los maestros de escuela que acaban de levantarse en gesto de sacrificio contra el despotismo que hace poco humillaba a la nación!

Una mañana de setiembre de 1919 la Escuela Normal está de fiesta porque llega el nuevo Director: es don Omar Dengo. Con él vuelven algunos de los antiguos profesores y llegan otros nuevos. Los alumnos los acogen con renovada alegría. Los que vuelven encuentran una juventud que conocen y que les espera. Los profesores nuevos son presentados y sin tropiezo alguno se inicia otra vez la vida en la Escuela Normal. Nuevas reflexiones han fortalecido la mente del Director; ha hecho un sereno análisis de lo que realizaron él y sus compañeros en otro tiempo, pero ahora los que trabajaron unidos en el común ideal están lejos o no pueden compartir directamente las responsabilidades de la obra que se ha de realizar en lo sucesivo. Sobre los hombros de don Omar Dengo hay una inmensa responsabilidad y la acomete con fervor. A la Escuela Normal sacrificará por entero todos los minutos de su vida.

El país que no ha cesado de pensar en una Escuela Normal que nació para sembrar ideales y para crear un movimiento de educación nueva, mantiene sus ojos puestos en esa institución. El esfuerzo que se ha de hacer tiene que ser gigantesco, tendrá resonancia única en la educación costarricense.

¿Qué existe de aquella obra realizada en los primeros años, en esta Escuela Normal que recibe don Omar una mañana de setiembre? Los cultivadores inexpertos o torpes troncharon desde su base un árbol que crecía robusto y

sano pero olvidaron que el árbol no es grande por la apariencia externa de su ramaje sino por la fuerza intensamente fecunda de su savia. Cortaron el ramaje; suprimieron lo que había de externo en la vida de la Escuela, lo que no se ajustaba a los rancios procedimientos y a la más rancia comprensión de los ideales que pueden animar la vida de un colegio; suprimieron lo que encontraron novedoso, pero olvidaron que la savia estaba en la misma juventud y que no había otra cosa que hacer sino ponerla a correr, a crecer, a desbordarse. Los mismos estudiantes pidieron que se restablecieran inmediatamente todas las actividades suprimidas por el régimen anterior y don Omar que no esperaba sino la demanda de los jóvenes, dió campo para que se desarrollara el inmenso tesoro de sus ideales y corriera el impulso creador que renacía en sus discípulos.

Volviéron de nuevo las actividades educativas más fecundas que han distinguido a la Escuela Normal desde sus primeros días. Hay ahora para realizarlas con fe un caudal de experiencia útil que conviene aprovechar a fin de superar el esfuerzo, y hay también la cooperación comprensiva de los estudiantes que pudieron experimentar en días oscuros la diferencia de un sistema educativo en donde el alumno, falto de libertad, renuncia también al cultivo de su personalidad. Pero don Omar Dengo quiere precisamente *que cada joven viva su vida, que realice sus aspiraciones, que encuentre el camino que lo eleve en consideración ante los demás y que sobre todo se encuentre a sí mismo como un elemento capaz de contribuir al bien colectivo.*

Se reanudan de esta manera las asambleas de los lunes que el Director señor Torres había iniciado en 1915, y las asambleas sabatinas que inició el señor García Monge en 1916. En las asambleas de los lunes don Omar, con el milagro de su palabra, convierte aquella hora en un campo de floración para que surjan, aladas, las maravillosas posibilidades de los jóvenes y crezca magnífico el fruto de un esfuerzo educativo. Un día, la crítica reaccionaria y malévola, se interpone porque los graduados de la Normal y muchos otros maestros del país se han asimilado el espíritu de estas reuniones semanales y las practican en sus escuelas y hasta empiezan a ser importantes actividades en

algunos colegios. Don Omar llega a la prensa y explica: "Oigo decir por allí que las asambleas semanales, ahora en boga en escuelas y colegios, deben ser suprimidas por inútiles. No juzgo de las que no conozco, pero, a la verdad, tratándose de las que están al alcance de mi personal experiencia, debo declarar, para defenderlas, que a ellas es deudora la Escuela Normal de Costa Rica de la porción mejor del espíritu que ha logrado infundir en sus alumnos".

Si en las asambleas de los lunes el Director y los profesores inspiran normas, exponen principios, hacen nacer pensamientos de belleza que arraigan en los jóvenes, e inquietudes que los ennoblece, en las de los sábados los alumnos resumen, exponen sus problemas, informan de sus actividades, hablan de sus proyectos o de sus inquietudes, discuten y critican con entera libertad y alzan vibrante su juventud rebelde. En estas asambleas surge la inquietud, y la actitud destacada de los nuevos maestros; hay hermosas meditaciones de los jóvenes que piensan, que participan como en la vida, dejando de ser pacientes, tolerantes o pasivos espectadores. Alguna vez se exaltan y maltratan al maestro: "Aunque los jóvenes me traten con dureza, no me maltratan porque mi condición de educador me coloca en un plano de superioridad, y ellos siguen siendo mis queridos jóvenes de la Escuela Normal".

Don Omar consagró a esas asambleas semanales todo su interés y creyó en ellas como oportunidad para darle unidad y sentido a la obra educativa que se proponía realizar y sobre todo para tener la ocasión de desatar un espíritu elevado que corriera de corazón a corazón, de espíritu a espíritu, fortaleciendo y ennobleciendo las inquietudes de la juventud. En estas asambleas está su mejor esfuerzo para levantar las condiciones morales y espirituales de su país; en estas asambleas se estudian los diversos problemas del momento; en las ciencias de la Educación, en la política nacional o extranjera, en el desenvolvimiento de los conocimientos científicos, en todo lo que puede ser fuente de cultura. Don Omar no es un maestro que se preocupa exclusivamente de los conocimientos. Ciertamente que los conocimientos son para él lo que han sido en la civilización, pero lo que más le interesa es el corazón de sus discípulos;

el yo interno que después se ha de vaciar en la vida como en una copa. Por eso él cree que esa copa debe atesorar las más excelsas virtudes. Tesoros de conocimientos sí, pero sobre todo tesoros de esa sabiduría profunda que está más allá de la mente y que hace al hombre superior por los dones de su espíritu. En esas asambleas agita sus ensueños de poeta y siembra sus ideales de hombre. "No hay que volar como una hoja, hay que volar como ave: con rumbo". Quiero que las mujeres sean buenas y delicadas, puras como lirios en las que haya siempre una luz de aurora; exalta las virtudes de la mujer y les dice: "Las cosas más profundas de este mundo se han dicho con los ojos". En otra ocasión les dice: "Más vale el silencio de la mujer que escucha, que la palabra grosera del hombre que la maltrata". Alguna vez conduciendo en su palabra las luces que iluminen el sendero de los jóvenes les habla delicadamente para exaltar la noble vida de la mujer "madre de civilizaciones", que debemos dignificar porque "de estrella o de barro, de carne o de lirio, la mujer es sagrada". De los jóvenes pide caballerosidad, distinción, hidalguía; tiene en mente la imagen de los caballeros y él mismo es un caballero de los que llegaron tarde al mundo, pero siembra su fe, destaca su figura, invita su presencia a elevar entre los jóvenes esas cualidades que dignifican al hombre.

Hermosas lecciones se ofrecen a la mente de los jóvenes y a su corazón en estas asambleas de los lunes. Un día los jóvenes se inquietan porque la Escuela no se desborda en afanes deportivos y el maestro comentando estas inquietudes eleva ante ellos el recuerdo inmortal de los bellos jóvenes griegos que ennoblecieron los deportes y para invitarlos a seguir esta huella nobilísima, puede decirles una mañana: "A la Palestra iban los hombres ilustres de Grecia, pero no fué la Palestra la que los hizo ilustres". Los maestros que van a salir de esta Escuela Normal que dirige Omar Dengo, no sólo conocen el pensamiento educativo moderno, no sólo practican métodos modernos,—puesto que precisamente ésa es su obligación fundamental—, sino que también conocen muy de cerca por cierto, cuáles son sus grandes responsabilidades: "Los maestros trabajamos en esa seda impalpable de las almas de los niños; si se rompe un hilo queda una ro-

tura por la que se escapa hasta el derroche, la luz que conducía". "El maestro no es un mago que pueda transformar por la sola virtud de sus palabras". "Las almas de los niños son como los hilos de seda con que tejemos un bordado; pero si el bordado se rompe, el hilo con que tejemos lo podemos remendar; mientras que si rompemos un hilo de aquellas almas, no sucederá lo mismo y entonces lo que hemos hecho es romper sus ilusiones, su niñez, su vida".

Sirven estas asambleas para ejemplarizar, para trazarle rutas a la Escuela, para estimular los entusiasmos de los jóvenes, para atesorar en todos la aspiración de engrandecer sus vidas, conservándola pura, dispuesta al sacrificio, convertida en gotas de oro sobre un mundo que debiera estar iluminado eternamente por la aurora. Luz en la mente quiere para sus jóvenes alumnos, luz resplandeciente en el corazón. En todas sus disertaciones hay este ideal: aurora, estrellas, luces que resplandezcan. Y convirtió a su Escuela Normal en una estrella para sus alumnos; y fué su Escuela Normal una aurora en el país. ¡Qué fecundas fueron aquellas asambleas de los lunes en la Escuela Normal de Costa Rica, cuando don Omar Dengo decía su mensaje a una juventud llena de aspiraciones. Un día se elogia la vida abnegada de un modesto profesor de la Escuela, otro día les pone como ejemplo la noble figura de una dama o de un viejo patricio que obsequia a los niños de su pueblo una escuela; en otras ocasiones se comenta el Mensaje presidencial o la noticia que llega por el cable, o el libro nuevo lleno de belleza. Una de estas mañanas surge como flor que ha de perdurar, el elogio de María que fué recogido en "Meditaciones". Pero para comprender lo que fueron esas asambleas, lo que pueden ser aún en los colegios si se inspiran noblemente para crear un propósito en relación con las actividades que realice el Colegio, debe leerse íntegro el artículo que escribió don Omar: "Las Asambleas Semanales en los Colegios"

* * *

Con la llegada de don Omar Dengo a la Dirección de la Escuela Normal, surgieron las actividades libres de los alumnos con nuevo esplendor. Muchas eran las viejas actividades suprimidas y que ahora renacían, pero muchas otras

nuevas aparecieron. Lo maravilloso de todas ellas fué que se mantuvieron durante toda la dirección de don Omar Dengo y dieron a la Escuela Normal una característica única en el país: la convirtieron en un gran laboratorio; en una escuela activa, creadora.

Los alumnos de la Escuela Normal proceden de distintas regiones del país; la mayoría de ellos se caracterizan también por lo limitado de los recursos de que disponen. Muchos están enfermos y desnutridos. El alumno es para don Omar la principal preocupación y en sus conversaciones de carácter pedagógico reafirma esta idea: "El niño debe ser la preocupación fundamental del maestro". Para sus alumnos de la Escuela Normal crea una organización especial destinada a velar por su salud. Para ellos habrá un médico, habrá un dentista, habrá un oculista. Mantiene una preocupación constante entre sus profesores relacionada con la salud y no quiere que exista en la Escuela nada que contribuya a debilitar o a desorganizar las reservas de energía que deben conservar los jóvenes. Por eso es necesario que organicen los estudios y les enseñen a estudiar,—no a repetir lecciones de memoria—y que se modifique la tortura de exámenes inútiles. "Den a los jóvenes la oportunidad de manifestarse, guíenlos, aconséjenlos, observen de cerca su desarrollo intelectual, sus inquietudes y sus aspiraciones"... Para la Escuela es más importante poder apreciar la capacidad y las posibilidades de un estudiante y calificarlo así... "Procuren que los exámenes se realicen con el objeto de averiguar si los jóvenes poseen lo fundamental de los conocimientos y sobre todo si han comprendido lo fundamental de esos conocimientos"... "Es importante que en cada asignatura nos formulemos esta pregunta: ¿Cuáles son los propósitos de esta ciencia o la otra ciencia y qué es lo fundamental que de ella debemos enseñar?"

Preocupado por la salud de sus discípulos les impide a muchos de ellos previa consulta con el médico o con la asistente sanitaria, que participen en los deportes que les reclama un derroche de energías. Y cuando quieren que los deportes bruscos entren en los colegios como actividades femeninas, él surge al paso de esta preocupación y con información técnica que ha recogido en sus profundas fuentes

de cultura, pone de manifiesto los inmensos peligros del deporte femenino. Todo lo que contribuya al bienestar de los estudiantes, a darles alegría, a hacer que el trabajo discorra en condiciones de felicidad y de facilidad, constituye una de sus características como Director de la Escuela. Para sus alumnos todo: la consideración más distinguida, el más elevado respeto, la más cordial estimación, el más leal cariño. Él sabe que la mayoría de sus alumnos proceden de hogares pobres en donde no encuentran lo necesario para estudiar. A veces no hay una luz, ni una mesa, y en ocasiones no tienen ni la tranquilidad ni la comprensión requerida para realizar el más simple trabajo escolar. Por eso la Escuela debe convertirse en un hogar, de manera que el estudiante encuentre en ella no sólo las comodidades materiales indispensables, sino la comprensión, el cariño y los estímulos que lo ayuden al desenvolvimiento de sus mejores capacidades y aptitudes. La Escuela debe tener para ellos abiertas sus puertas el mayor tiempo posible, para que puedan entrar y salir en respetuosa libertad, todos los que la quieren, todos los que buscan en ella alguna oportunidad de trabajar o simplemente una oportunidad de cultivar una noble amistad. La Escuela es toda para los alumnos porque los alumnos son la Escuela. Un día está diciéndoles estas palabras: "La Escuela no la formamos nosotros los profesores ni la constituye el edificio. La Escuela la forman ustedes, la Escuela será lo que ustedes quieren que sea". En otra ocasión les dice: "La Escuela no es nuestra, la Escuela es de ustedes. Es de ustedes para que la quieran, para que le sirvan, para que la cuiden, para que la prestigien. Cuanto hay aquí no nos pertenece a nosotros, es de ustedes y de todos los que vengan detrás de ustedes".

La biblioteca es una de sus principales preocupaciones porque sabe que los libros son los caminos de luz que se abren ante los ojos de las eternamente activas y viajeras juventudes. Enseñarlos a transitar por esos senderos es una de sus esperanzas; convertirlos en buscadores de la verdad para que la encuentren por sí mismos, es uno de sus afanes. No quiere que la biblioteca sea solamente una sala para que sirva de adorno a una institución docente ni quiere que sea un lugar a donde se lleva al estudiante como

un condenado a descontar una pena. La biblioteca tiene que ser una fuente de libertad y de actividad por donde se escapa a torrentes el ideal, la inquietud, la aspiración y la inspiración del hombre. Para aprovechar de la mejor manera el servicio que puede ofrecer la biblioteca a sus estudiantes,—la mayor parte de ellos con tan pocos recursos que no pueden comprar los libros necesarios, — recién llegado don Omar dispone inaugurar en forma definitiva y organizada las actividades nocturnas de la Escuela que en los primeros años sólo se realizan como ensayos de extensión cultural y social. Los colegios y escuelas del país suelen cerrar sus puertas temprano de la tarde y el maestro o el profesor no vuelve a tener contacto con sus discípulos ni se preocupa por las dificultades que ellos tienen fuera de la Escuela siempre que pueda repetir la lección al día siguiente. Pero la Escuela Normal no puede resignarse a este criterio; reconoce que su primordial función es la de preparar un tipo de ciudadano—el maestro—que va a estar encargado de renovar la educación costarricense no sólo introduciendo en su práctica métodos nuevos y procedimientos nuevos, sino que tiene como principal obligación la de realizar una transformación total del espíritu de la Escuela para vincularla activamente a la comunidad, participando en ella de todas las preocupaciones cívicas y sociales. Para que los maestros que se están preparando en la Escuela Normal adquieran esta capacitación, es necesario que la Escuela les ofrezca la oportunidad de ejercitarse en estas actividades; es necesario que la Escuela se desenvuelva en una actividad que proyecte más allá del límite de las aulas para convivir en la comunidad y en el país con el momento presente en sus urgencias y en sus aspiraciones.

Con la llegada de don Omar Dengo a la Dirección de la Escuela Normal esta institución entra en un período glorioso de intensas preocupaciones cívicas, sociales y culturales. El centro de toda esta actividad es el Director que ha mantenido ante todo un vigilante espíritu de ciudadano porque este maestro es ante todo, un ciudadano. La Escuela permanece abierta durante todo el día y parte de la noche. La vida entra a torrentes en sus aulas e inunda de actividad las horas. No es solamente el trabajo del aula el

que renace para atesorar conocimientos y desarrollar programas, es todo lo que preocupa a los jóvenes y al Director lo que entra por las puertas de la Escuela Normal. La Escuela se mueve ahora en un campo de ideal y de acción y su vida corre como un río que canta, que hace reverdecer sus riberas y llenar de alegría y de transparencia todos los instantes. A veces estos sueños y esta vida prueban las amarguras de la intriga, o el veneno de la calumnia y casi siempre se salpica con el lodo de la murmuración. Pero nadie se asoma a valorizar la intensa actividad en que se vive. En épocas lejanas, cuando el señor Brenes Mesén era director, la ironía estúpida se burlaba de los propósitos morales y espirituales que se trataba de poner a vivir en la Escuela y decían con frecuencia que en aquella Casa las niñas se desmayaban porque se deshojaba una flor. La misma murmuración rodeó la Escuela de don Omar, pero esa Escuela estuvo guiada por su espíritu distinguido en un campo donde nadie más que él pudo llevarla. Don Omar ha convertido esa Escuela en una colmena donde él sin saberlo y sin quererlo es el centro de todo entusiasmo y de toda actividad. Él es el ejemplo. Los jóvenes se reúnen después de las lecciones en sus centros o clubes; hacen deportes y luego vienen a ejercitar su pensamiento en un "grupo de debate"; trabajan en el taller y luego pasan a inquietarse con los problemas de su "Academia de Historia". Trabajan intensamente en sus huertas caseras y luego van a participar en las actividades del Centro Ariel para recitar poemas hermosos o dar a conocer sus versos; están estudiando en sus grupos libres, idiomas, matemáticas o geografía y más tarde se juntan para ensayar un coro o preparar una delicada fiesta de arte. Organizan actividades sanitarias o fiestas del Árbol para vincularse a la vida de la comunidad, y luego vuelven para trabajar en su "Liga de Bondad" y ejercitar su corazón en esas virtudes cristianas de hacer el bien. La Escuela es una colmena y la alegría es la miel de esa colmena, porque la alegría es un vino que fortalece y entusiasmo, porque la alegría es también la llave mágica que abre las puertas del corazón para el ejercicio del bien.

La Escuela de Omar Dengo no es una escuela intelec-

tualista, a pesar de que se trabaja de sol a sol. A las seis de la mañana ya está allí el profesor que mantiene un curso libre para enseñar comercio; ha venido desde San José en un caballo que ha tenido que comprar porque aun no existe la magnífica carretera actual, pero allí está cada mañana, alegre, fervoroso en su entusiasmo y los jóvenes que ven ese ejemplo, sienten la obligación de secundarlo. A las ocho de la noche todavía se mantiene abierta la biblioteca para que los alumnos terminen de preparar sus tareas o continúen libremente sus lecturas o investigaciones predilectas. Más tarde aún se escuchan en el Salón las melodías de los instrumentos porque los jóvenes que integran la orquesta de la Escuela trabajan tesonosamente sin preocuparse del tiempo. Por los corredores de la Escuela, don Omar, rodeado de jóvenes y de profesores, conversa en amigable camaradería. ¿Sobre qué temas? Problemas nacionales, filosofía, religión, historia, política y a veces anécdotas diversas que don Omar conoce y que impregna sabrosamente de ironía. De todo lo que interesa a los jóvenes se conversa en estos corrillos. Allá en el taller todavía se oye golpear el martillo o el chirrido agudo de una sierra. En el laboratorio de física queda el profesor que con un grupo de alumnos está ensayando un aparato de radio e imagina con los auriculares puestos, que está escuchando estaciones remotas. Don Omar llega al laboratorio con su grupo de amigos y no puede detener una sonrisa y una frase jocosa y cordial: "¿Ya tuvo comunicación con Marte?"...

¡Qué intensa actividad mantiene la Escuela Normal bajo la inspiración de don Omar! Qué noble espíritu de cooperación se ha establecido entre profesores y alumnos para servirle. Qué abnegación hay en unos y en otros que no tiene otra explicación que el cariño que los une al maestro y la fe que inspira su ejemplo y su idealismo. Indudablemente mucho de lo que se realiza es continuación de aquellas actividades que surgieron en los primeros días de la vida de la Escuela, pero todo tiene nuevo impulso y un nuevo interés renovado constantemente. El Director es el alma de toda esta fecunda actividad; él vive ahora para todo y para todos; está pendiente de todos y de todo. La

sonrisa y el cariño están prendidos en sus labios y resaltan en su palidez. De su ancha frente parece que flotan pensamientos bondadosos que bañan de la mañana a la noche a todos los que se le acercan. Es un amigo ancho y blando, acogedor como una almohada que recoge lágrimas, suspiros y pensamientos para volcarlos al amanecer en dulce esperanza. Todos le buscan y para todos tiene algo en su corazón. No es la bondad calculada o melosa, es la bondad absoluta que nace y se vierte naturalmente lo mismo que el agua de la fuente. A su lado está el estudiante que pide un consejo, el que tiene una dificultad, el que lleva una congoja y todos vuelven confortados, alegres. Un día está preocupado, intensamente preocupado porque ha recibido una carta de un padre de familia en que le participa que su hija no puede ir a la Escuela porque no tiene zapatos. ¿No habrá,—piensa en sus silencios,—alguna manera de que esta niña no pierda sus estudios por unos zapatos que le faltan? Habrá necesidad de que ocurra un milagro; sus recursos personales no son tan elásticos como para acometer el gasto extraordinario de unos zapatos. Pero el milagro se realiza y la niña vuelve a la Escuela con zapatos nuevos. Así recoge diariamente la congoja de sus discípulos y las de los padres de muchos de ellos y todo se va resolviendo de alguna manera. Pocos saben cómo se realizan tantos milagros, pero don Omar ha hecho nacer en el corazón de sus discípulos los sentimientos que convierten muchos imposibles en milagros de todos los días. Don Omar es un dador. Da lo que tiene en su mente, da lo que está en su corazón y da sobre todo la lección constante de su ejemplo. Hasta en la ciudad conocen que el Director de la Escuela Normal tiene las manos llenas de dones para distribuirlos a su paso. Un día se encuentra en la calle con uno de esos pobres hombres afectados por los vicios, que le solicita dinero. Omar olvidó su pequeño portamonedas que de todos modos está muy vacío y procura hablar cariñosamente a este hombre para darle en lugar de dinero su corazón; pero el hombre quiere dinero. Don Omar después de registrar sus bolsillos y convencerse de que no llevaba moneda alguna, le tiende al vicioso su paraguas y le dice: "Tome, véndalo o empéñelo". "Tome, llévese este libro". Así procede

siempre. Tome y lleve, recoja esta dádiva, es lo que va diciendo por los corredores de la Escuela, es lo que va diciendo por la calle, es lo que va diciendo por la vida.

Wells escribe un libro, "La Llama Inmortal", en que está presente como figura central el espíritu de un maestro. Más tarde el mismo Wells hace la biografía de este maestro en su libro "Sanderson de Oundle". Lo que Wells dice de Sanderson es lo que fué Omar Dengo en la Escuela Normal. ¡Espíritu superior en el camino de crear para la juventud una nueva fe en la vida! Maestro, apóstol, guía, eso fué siempre Omar. Como Sanderson, no podía caber en los límites del aula y su actividad se difunde por el país entero, deslumbrando con su ejemplo: con su inteligencia maravillosa, con su energía creadora, con su probidad, con su idealismo. Por eso le buscan en la Escuela Normal; su cultura múltiple y profunda le convierten hasta cierto punto en un oráculo. Su preocupación por los problemas diversos de la vida le mantienen en constante comunicación todas las ideas que andan por el mundo. De esta manera, sin quererlo, es un erudito, pero no un erudito de biblioteca entregado a solitarias meditaciones, sino un erudito de acción que recoge la idea, la asimila y la vierte luminosa en el mundo de acción en que vive.

Para su Escuela quiere siempre lo mejor; quiere ofrecer ante sus alumnos todos los ejemplos que puedan por sí mismos ser lección viva, pero le interesan especialmente los hombres buenos, los hombres virtuosos que deslumbren con sus vidas el entusiasmo noble de los jóvenes. A su Escuela llegan todos los que tienen un mensaje que dar o un consejo que recibir. Su Escuela es una tribuna para que se abra el pensamiento en activa y fecunda esperanza. Los jóvenes deben escuchar las voces idealistas que vienen por el mundo: los jóvenes deben saber lo que sienten y lo que piensan otros hombres porque tienen que aprender a pensar y a sentir como hombres. El último que ocupó la tribuna de su Escuela pocos días antes de su muerte fué Haya de la Torre. Este líder se rodeó de jóvenes y estuvo desde su llegada en el corazón del Maestro. Desfilan por esa Escuela Normal los que llevan una inquietud en la mente o un dolor punzante en el corazón; los perseguidos y los ofendidos de los